

Responsabilidad ecológica y relectura bíblica

Diego Irarrazaval *

Hoy la labor bíblica sintoniza con tantos seres humanos indignados ante la expropiación del planeta, y a la vez sintoniza con crecientes deseos de refundar la tecnología y el progreso social. Al considerar lo medioambiental e histórico, vale recalcar tanto el don como la responsabilidad, tanto el ser cuidado como el cuidar. No sólo hay que hacerse cargo de la naturaleza y la condición humana; también hay que recalcar los dones de cada día. La humanidad recibe fabulosos regalos del medio ambiente, de la interacción histórica, del Amor divino en la creación. Por eso es insuficiente el enfoque que atribuye al ser humano el cuidar el medio ambiente (1). Somos cuerpos animados, indesligables de la tierra y el agua; somos co-responsables con Dios, y a la vez somos receptores de vida.

El don y la tarea son pues fuentes interdependientes, y traspasan la reflexión eco-espiritual. No se trata pues de definirse como salvadores del universo, ni de una 'moda verde', ni de un nuevo capítulo intelectual. Más bien son temáticas holísticas, que desestabilizan e interpelan; porque ellas toman en serio la crisis civilizacional, porque ellas confrontan la ilusión del crecimiento ilimitado, y a la vez porque apuntan a necesidades concretas y trascendentes.

Esto es palpable, en América Latina, en sus sabidurías holísticas. Ellas desenmascaran el pensar positivista e instrumental (que es totalitario y unilateral). Un ejemplo sobresaliente es la perspectiva andina, presente en comunidades y en grandes y medianas ciudades del Sur. La milenaria lucidez andina consigna vínculos entre diferentes entidades del universo, personas difuntas-vivas, energías simbólicas y trascendentes, identidades particulares y culturas entretejidas.

En términos generales, el modo de ser latinoamericano puede ser descrito como *estar-con*. Es una convivencia pluridimensional e interactiva, que favorece la armonía con el medio ambiente (2). Esto implica cuidar el ámbito vital, la casa (*oikos*, del que proviene el concepto de ecología). Esto no es mera buena intención, ya que pasa a ser agenda de trabajo público y privado, y está siendo asumido por amplios sectores de la población. Aunque el concepto de ecología espiritual sea reciente, de hecho corresponde a vivencias milenarias de las mayorías. Ellas son responsables, en lo cotidiano, por el don de Vivir. Gracias a estas y muchas otras buenas raíces han germinado flores y frutos eco-espirituales.

Ahora bien, el acoger y el cuidar ¿cómo marcan la labor bíblica? Ella no gira en torno a cosas e individuos, no se reduce a textos cosificados ni exalta lo individual. Más bien intenta comunitariamente admirar la inmanente transcendencia. En lo cotidiano y terrenal cabe reconocer la presencia de Dios. Leonardo Boff lo plantea así: la Tierra “se experimenta eco-espiritualmente como el templo del Espíritu y como perteneciente a la realidad asumida por el Verbo” (3). Esta vivencia brota del clamor de la tierra y el grito del pobre.

Por lo tanto, la reflexión cristiana no sacraliza la naturaleza; más bien, en el corazón de la fe cristiana hay clamores y esperanzas, hay talante profético para resistir la expoliación de la naturaleza, y para positivamente forjar vínculos solidarios. Esta actitud ha sido cultivada en América Latina y desarrollada en muchos rincones del mundo. La humanidad empobrecida, que reconoce el don y la tarea de vivir, está bien dispuesta para apreciar el misterio de la creación, de la encarnación, de la pascua.

Ahora bien, desde sus inicios la renovación bíblica en América Latina ha seguido la pauta: leer la Palabra para leer nuestros acontecimientos. Como ha recalcado Carlos Mesters: no encerrarse en la Biblia, sino estudiarla para entender la realidad de la comunidad y del pueblo (4). Con esta pauta es posible abrir el corazón al acontecer pascual en el mundo creado y en la existencia concreta. “La creación entera gime... y anhelamos el rescate de nuestro cuerpo” (Rom 8,22-23). Por consiguiente, lo eco-espiritual tiene calidad pascual.

En estas temáticas no bastan las rutas cortas, como sería examinar abusos contra el medio ambiente, o bien el juxtaponer urgencias ecológicas y soluciones religiosas. Las vías largas permiten saborear mejor los desafíos. A continuación son anotados interpelantes itinerarios: 1) el estar cotidiano en el medio ambiente corporal, y 2) mito y creación, con fundamento cristiano. Iré delineando estos desafíos en la labor bíblica.

1. Estar cotidiano: tierra, agua, cuerpo.

Durante las últimas décadas, una buenísima reflexión intenta superar pautas antropocéntricas y desenvolver el imaginario medio ambiental que es biocéntrico (5). Esto confronta la actitud científica y pragmática -ya que endiosaba la acción humana- y favorece tecnologías en armonía con el universo. En concreto, creer en el Creador conlleva un desarrollo sustentable en la tierra, el agua, la corporeidad.

También se afianzan contactos con sabidurías no occidentales (que enriquecen las hermenéuticas de la fe): somos huéspedes y no propietarios del planeta, de la casa común. En ella interactúan todos los seres vivientes, que hablan con diversos lenguajes. La piedra y la brisa nos hablan; el arte acaricia la tierra. Vale decir, lo humano y lo mental ni es omnipotente ni sabe todo.

Pues bien, al escuchar la Palabra en la tierra, el agua, la corporeidad, Ella despliega nuevas melodías e incluye clamores proféticos. El Mensaje es acogido en medio de factores ambientales y procesos históricos. Esto permite sopesar qué mensajes tienden hacia la vida, y asimismo sopesar qué mensajes tienden hacia la muerte.

A) El estar en la tierra tiene muchos significados: espacio vital, plantas medicinales, trabajo, alimentación, escasez y conflicto, inequidad en la distribución de bienes materiales y culturales; y por otra parte también ofrece signos festivos y solidarios, al organizarse la vida en cada red de parentesco y de vecindario. Es decir una serie de “palabras” del medio ambiente terrenal son acogidas, y a la vez convocan a la responsabilidad. Junto con acoger estos mensajes hay que cuidar la tierra en sus muchas dimensiones (y no sólo en el rubro material). Las sabidurías milenarias permiten registrar diversas dimensiones, con sus tensiones y procesos. Por ejemplo, para las poblaciones

andinas la Pacha da señales económicas, afectivas, místicas, políticas; es una “pachavivencia” que conlleva “saber criar la vida” (6).

Con respecto al Evangelio, existen abundantes y bellas señales terrenales y espirituales del Reino. Así lo indican las parábolas del trigo y la maleza, de la viña, de la labor del sembrador, y el imaginario del banquete escatológico. El mensaje de Jesús invita a “aprender de los lirios del campo y de cómo crecen; no se fatigan ni hilan”; luego llama a buscar el Reino y su justicia “y todas las cosas se les dará por añadidura” (Mt 6:28, 33). Vale decir, auscultar las señales del medio ambiente son modos de entender el mensaje principal sobre el reinado del amor divino.

B) Con respecto a estar en el agua, ella constituye aproximadamente el 75% del planeta y también del cuerpo humano. El hecho de que somos agua y estar en ella ¿qué implica para la labor bíblica? Durante siglos la población marginada ha clamado por la tierra escasa y mal distribuída; hoy también hay luchas por el agua; vale decir la humanidad de un modo político-económico cuida estos dones del Creador. Ya que el agua cada día ingresa y transforma el organismo humano (de modo como no lo puede hacer el territorio) ella constituye una fuente sacramental. La cuidamos y ella cuida a cada ser viviente.

Aquí resaltan muchos símbolos bíblicos (7): el Espíritu aleteando sobre las aguas; pasar el Mar Rojo hacia la libertad; como tierra sedienta el salmista busca a Yahvé; la compasión escatológica al dar agua al sediento; el servicial lavado de los pies en la eucaristía; por inmersión en agua es simbolizado el misterio pascual de morir y resucitar; renaciendo por el agua y el Espíritu se entra al Reino de Dios (Juan 3,5). La celebración bautismal, constitutiva del Pueblo de Dios, sana del pecado e introduce en la fiesta del Reino. Puede pues decirse que el “evangelio del agua” implica hondas transformaciones en la persona, la historia, el cosmos.

C) El estar eco-espiritual es resumido de modo experiencial por la corporeidad, ya que somos seres vivientes en la tierra y el agua. Al respecto, grandes pasos han sido dados en círculos y programas de relectura bíblica y en publicaciones (8). En la contemplación de la Palabra, las comunidades populares redescubren el significado del cuerpo pascual, y en especial del ser

crucificados y resucitados. En el caminar bíblico los primeros acentos han sido el de cuerpos adoloridos, empobrecidos. A esto se fueron añadiendo las dimensiones de género masculino y femenino, y ahora también las medio-ambientales. La corporeidad humana tiene rasgos sexuales, afectivos, político-económicos (explicitados por la reflexión de género), y ella es indesligable de la tierra, el agua, y todo lo que implica ser parte de la inmensidad del cosmos.

Muchas comunidades en América Latina redescubren su corporeidad maltratada por la economía de mercado y la publicidad discriminatoria, y a la vez disfrutan energías emocionales, sexuales, artísticas, sociales, festivas. Desde estas vivencias es interiorizado el misterio de Dios encarnado en las heridas y en los placeres humanos. Sobresale la gratitud hacia el don del pan y vino transformado en alimento eucarístico, escatológico (Mc 14,22-25). Recibir el cuerpo divino conlleva ser comunitariamente responsables, al sufrir y al compartir, y ser cuerpo eclesial de Cristo (1 Cor 12,12-29).

En conclusión, a partir de la condición de ser tierra, agua, cuerpo, la comunidad creyente escucha y pone en práctica la Palabra de Vida. En fidelidad a Ella uno no puede apropiarse del medio ambiente ni adueñarse del cuerpo propio o de otras personas. Más bien esos son dones recibidos, que toda la humanidad tiene que cuidar corresponsablemente. En este sentido sería incorrecto emplear la Biblia para sustentar la prosperidad material (de quienes se apoderan de recursos escasos), o bien al ecologismo anexarle una espiritualidad “verde” sin las paradojas de las bienaventuranzas y sin el escándalo de la cruz. Ni los objetos del entorno ni el propio cuerpo es mera cosa; muy por el contrario, la Buena Nueva tiene mediaciones terrenales, acuíferas, corporales, y la hermenéutica asume sus características.

2. Mitos y creación divina: fundamento cristiano.

En nuestro continente, la eco-espiritualidad que tiene sólidas raíces en la sabiduría-mítica, es hoy sustituida en gran parte por el mistificado ‘ser exitoso’. Uno lo es al producir y consumir objetos y vínculos virtuales, sueños y emociones. Esta identidad conlleva un fascinante imaginario: gracias a la ciencia y la tecnología, el triunfo económico-social abriría las puertas a incontables formas de felicidad. La meta es que las mayorías sean incluidas mediante el consumo (y no por la participación ciudadana), y también para

que los pudientes sean aún más privilegiados. Para todo esto se usan recursos materiales y humanos como si fueran ilimitados. Esto ocurre a costa del medio ambiente y a costa de la solidaridad entre las personas.

Con respecto a programas de evangelización en América Latina -desde hace décadas- se han estado correlacionando cultura popular y mensaje bíblico. En la catequesis los hechos de vida de la gente común son iluminados por la Palabra. En regiones indígenas y mestizas han sido confrontados relatos tradicionales (sobre orígenes de lugares, pueblos, valores, sobre conflictos y sus resoluciones, etc.) y los mensajes bíblicos sobre la creación, el mal, la reconciliación cristiana (9). Esto implica comparar o al menos sopesar diferentes realidades.

Pues bien, la dinámica cultural contemporánea está favoreciendo otro procedimiento. De modo cotidiano se consolidan nuevos absolutos: progreso ilimitado, individuos omnipotentes, placer instantáneo, ídolos del poder. Esta mitología merece ser evaluada por las perspectivas evangélicas sobre el mundo y la humanidad. Así se sopesan anhelos seculares de plenitud teniendo como fundamento la Palabra. Los absolutos seculares son examinados en términos de la historia de salvación. En cada una de estas rutas hermenéuticas interesa desentrañar signos de la presencia de Cristo.

A) Raíces y relecturas bíblicas.

La perspectiva eco-espiritual tiene raíces y desenvolvimientos propios en los contextos originarios y mestizos. Retomemos el ya anotado principio latinoamericano “estar-con”. Ello es transmitido mediante ceremonias de comensalidad y también mediante imaginarios de transformación social; en torno a los cuales se hacen geniales relecturas bíblicas. Un relato proviene de kollas argentinos, y ha sido consignado por Manuel Pliego, un inculturado animador bíblico (10). Otra relectura proviene de la población guaraní con su búsqueda de un mundo nuevo, recopilada por la polifacética teóloga Margot Bremer (11). Estas dos expresiones sapienciales (y sus relecturas bíblicas) subrayan el don de vivir, a lo que corresponde una respuesta humana. Don y respuesta van de la mano. No hay pues la arrogancia antropocéntrica.

De varios modos se lleva a cabo la comunión entre personas y de ellas con la naturaleza y con difuntos-vivientes. Sobresale la milenaria práctica de sentarse a la mesa con los antepasados. Ésta tiene símbolos y estructuras diversas y en parte similares, desde Mejico hasta las serranías andinas. En el nor-argentino kolla, Manuel Pliego relata la celebración de los difuntos, con el amasar y adornar panes que representan a personas y a animales, y luego la cena con muchos invitados que comparten tristezas y alegrías y retroalimentan su esperanza. Ello puede ser correlacionado (como lo hace Pliego) con parábolas del Reino de la levadura en la masa y del grano de mostaza. Cada persona con las tanta-guaguas amasa utopías y esperanzas y en ello colaboran las almitas. “Así se va construyendo el Reino de Dios; creer desde lo pequeño, desde lo cotidiano: es posible hacer un mundo más justo y más humano” (12). Puede decirse que es una eco-espiritualidad holística, a cargo de la humanidad empobrecida y esperanzada.

Otra señal de sabiduría. La búsqueda de plenitud terrenal -y de la voluntad de Dios- por parte del itinerante pueblo guaraní. En el contexto del Paraguay, Margot Bremer ha recopilado el paradigmático relato de la Tierra sin Males. “La familia de Guyrapoti camina hacia Ñande Ruvusú, hacia su creador... para llegar al agua eterna... y subidos a la casa flotante llegan hasta la entrada del cielo cantando el ñe’engarai”, que como lo explica M, Bremer “siempre hay algunos justos que buscan, sueñan y luchan junto con su Creador” (13). Vale decir, una familia concreta es signo de la búsqueda humana de la felicidad que es encontrada en la tierra y agua, y en la convivencia sin barreras que es posible gracias al Creador.

La dimensión cristiana está implícita y explícita en dichas realidades. La comensalidad conlleva rasgos eucarísticos, entre una comunidad y personas difuntas, y con el cosmos a través de simbólicos panes hechos por familias mestizas que celebran sus difuntos el 1 de noviembre. Algo diferente ocurre en torno al relato y la música guaraní donde hay honda espiritualidad y a su modo una historia de salvación (aunque sin referentes cristianos). En el primer relato puede reconocerse al Cristo resucitado en un pueblo creyente que comparte alimentos junto a sus “almitas”; y en el segundo relato resalta la presencia histórica y cósmica del Señor en la vivencia de la población guaraní (aunque sin explicitar contenidos según nuestras doctrinas).

B) Energías modernas y recreación cristiana.

La modernidad globalizada ofrece (además de sus logros, contrastes, fuerzas ambivalentes) nuevos itinerarios míticos. Por eso puede decirse que hoy es más arduo vincular sabiduría popular y mensaje cristiano. No sólo hay que correlacionar cada cultura local con la Palabra. Lo más urgente y exigente es encarar paradigmas emergentes y diversas energías que se autodenominan creadoras de vida. En el continente (y en cada rincón del planeta) se confrontan y entreveran modos de ser; ellos marcan el caminar de cada persona. Todo esto ¿qué implica para nuestra fe en el Dios creador, cuya mediación es la encarnación en la historia del pobre?

Consideremos dos megatendencias: obtener éxito de modo particular, y priorizar el voluntariado social. Aunque hago referencia principalmente a Chile, en otras latitudes se encuentran fenómenos análogos.

La actual sociedad chilena está obsesionada por un tipo de crecimiento que implica superar cualquier limitación y sobreponerse a los demás. Ésta larga y minúscula nación (que en el vasto continente es casi insignificante) sueña con éxitos trascendentes. Para ello están los milagros tecnológicos, índices de gestión económica-política, los heroicos 33 mineros sepultados y rescatados, éxitos deportivos, festivales artísticos, calidad de vino y fruta, las proezas de todo tipo. En medio de tanta euforia, una gran parte de los ciudadanos toman medicamentos contra la depresión, dan señales de *stress*, y creen cada vez menos en instituciones.

Hay un denominador común: la mística pragmática del crecimiento privado, que conlleva ser feliz. Para ello se desarrolla una gama de nuevas energías sociales, afectivas, económicas, espirituales. Lo que hoy moviliza multitudes es lograr éxito en la secularizada modernidad, con su propio horizonte mítico. La “fe de cada día” es crecer, superar toda carencia, y mediante un acelerado esfuerzo llegar al mítico “desarrollo”, y a disfrutar cada instante de placer. Esto sorprende ya que continúa presente la herencia de neocristiandad (aunque sin la hegemonía del pasado) en que la salvación tiene un sello religioso. Hoy el éxito tiene condicionamientos más seculares.

El analista Juan Pablo Martínez lo plantea así: “la sociedad economizada convirtió a los empresarios en semidioses... y se terminó de configurar un nuevo ciudadano-consumidor”; y anota también que el perfil psicográfico de “ser exitoso” constituye un tercio de la población (14). Esto no es mera aspiración; tiene certezas de rasgos espirituales, y le subyace la creencia en ser como dioses capaces de lo que uno desea.

Hay pues signos de una reconfiguración de absolutos seculares. Algunos la han llamado religión civil; pero más bien parece ser una sacralización económica-cultural. Simultáneamente es reconfigurado el peso cultural y moral del cristianismo. En los espacios políticos y empresariales, abundan las invocaciones a Dios (tanto de carácter católico como de carácter evangélico/pentecostal). Esto no impide la creciente hegemonía del éxito particular sacralizado (que mantiene algún rasgo cristiano, pero en que predomina una simbología instrumental y privada).

Pasemos a otra mega-tendencia: en este rincón y en otros lugares del mundo existen incontables formas de voluntariado. Pueden ser una breve presencia en sectores humanos donde haya mayores trizaduras y conflictos; o bien pueden ser años de altruista inserción profesional en lugares críticos; o bien formas de acompañar sectores vulnerables (trabajos de Verano, Techo para Chile, Hogar de Cristo, y tanto más).

Esta gran cantidad de programas, que involucran a la juventud y a muchos profesionales, despliegan inmensas energías solidarias (15). Resalta la construcción de vínculos entre sectores sociales distanciados, y también la generación de alternativas al crecimiento unilineal. Se trata de un gran abanico de instancias de sociedad civil, que no dependen de las grandes instituciones estatales, municipales, empresariales (pero que suelen recibir apoyo de ellas). Hay además vetas eco-espirituales, ya que las personas y las comunidades crecen más allá de lo individual. Desde el punto de vista de la fe, en todo lo dicho puede reconocerse la presencia del Dios creador de humanidad, y la acción del Espíritu de Cristo que es fuente de solidaridad. En términos creyentes, el voluntariado es más que una estrategia para resolver problemas puntuales; se trata de modos de comunión pascual. Son modos de ser fieles (atemáticamente) al Espíritu de Cristo.

Al respecto no puede imponerse un barniz ya sea socio-político, ya sea espiritual, en esa gama de voluntariados. Además, sus contenidos y liderazgos no provienen de alguna planificación macrosocial. La mayor parte de los voluntariados manifiestan una mística humanista, sin afiliaciones a partidos políticos y a iglesias. Eso ocurría sobretodo en la segunda parte del siglo pasado.

Hoy el escenario humano, y las preguntas relevantes, son muy distintas. Hay que preguntar qué implican -en clave cristiana- tanto los afanes de éxito secular como las dinámicas de voluntariado. En la primera mega-tendencia es patente la resignificación de la energía creadora del ser humano. Generalmente carecen de referencia al Creador; sin embargo existen buenas intenciones y logros en la felicidad humana. Esto forma parte de la salvación que reconocemos en Cristo.

En la segunda mega-tendencia puede reconocerse una eficaz compasión con la población crucificada hoy en el mundo globalizado. También vale reconocer el caminar solidario como seres resucitados gracias al Espíritu del Señor. Con solidaridad altruista, y sin arrogancia. Ello ciertamente es contracultural, con respecto a la hegemonía del desarrollo egocéntrico. También es una acción amorosa, no confesional, y con honda sintonía con el Evangelio de amar a Dios y al prójimo. En varios tipos de voluntariado pueden reconocerse metáforas del buen samaritano, del padre del hijo pródigo, de las bienaventuranzas.

A modo de conclusión.

En América Latina ¿cómo es entendida la Palabra? Ojalá no sea desde la arrogancia antropocéntrica. Ojalá sea desde el estar en la tierra y en el agua, en la corporeidad maltratada y resucitada, en la creación divina. Esto implica un bio-centrismo bíblico. El mensaje sobre la Creación tiene dimensiones cósmicas e históricas, e incluye el entorno material, la humanidad, las culturas. En la Buena Nueva, el don de vivir es inseparable de la actividad transformadora.

Lo eco-espiritual no es un más allá de lo cotidiano, sino más bien se desenvuelve en medio de los profundos clamores y dinamismos en el mundo de hoy. He comentado dos mega tendencias: la obsesión por el éxito, y las formas de voluntariado. La labor bíblica ¿contribuye a recrear el mundo para que haya felicidad en cada ser viviente, y haya mayor energía solidaria preferencialmente con pobres y con excluidos? Estas mediaciones forman parte de la vivencia de la encarnación y de la pascua cristiana.

La eco-espiritualidad cristiana interactúa con diversos itinerarios simbólicos. En el continente existen buenas rutas indígenas y mestizas, donde se llevan a cabo relecturas bíblicas. He recalcado la celebración andina de la muerte-vida, y la mística guaraní de la Tierra sin Mal. Lamentablemente, el marco general es el éxito social privatizado e instantáneo. Cabe pues reafirmar las dinámicas que recrean el medio ambiente y la humanidad, donde está presente el Espíritu de Cristo.

A veces no es explicitado el Dios personal, comunitario, pascual. Estos acentos son puestos por la comunidad eclesial. Nos “movemos y existimos” (Hechos 17,28) en el Misterio que se ha manifestado en Jesús crucificado y resucitado. Respondiendo a los signos de los tiempos, la hermenéutica latinoamericana asume el desafío de ser tierra y agua y cuerpo, en la creación divina; es una hermenéutica que sopesa tanto el don como la tarea, tanto el ser cuidado como el cuidar.

Notas:

* Apuntes en ponencias de capacitación bíblica (2007 a 2018, Vicaría Oriente, y Casa de la Palabra, Santiago de Chile); publicación en *Revista de Interpretación Bíblica Latinoamericana, RIBLA*, n° 65, 2011:22-29.

1. Algunos modos de vincular lo bíblico y lo ecológico sobredimensionan e idealizan la acción humana. Por ejemplo: “los autores bíblicos entienden la creación de Dios como algo armonioso... dentro de esa comunidad, los humanos tienen la responsabilidad de cuidar la tierra y conservar su integridad”, *Comentario Bíblico Internacional*, Estella: Verbo Divino, 2000, pg. 292 (sección “Biblia y Ecología”).

2. Vease Hector Alimonda (comp.), *Ecología Política*, Buenos Aires: CLACSO, 2002; Fernando Mires, *El discurso de la naturaleza: ecología y política en América Latina*, San José: DEI, 1990; Hector Leis y otros, *Ecología e política mundial*, Petropolis: Vozes, 1991; Emilio Moran, *La ecología humana de los pueblos de la Amazonia*, Mejiro: FCE, 1993; Enrique Leff, *Saber ambiental: sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder*, Mejiro: Siglo XXI, 2002; Antonio Elizalde (comp.), *Las nuevas utopías de la diversidad*, Santiago: Universidad Bolivariana, 2003; Juvenal Quispe, *Ecoteología*, Oruro: CEPA, 2003; Luz Donato y otras, *Mujeres indígenas, territorialidad y biodiversidad en el contexto latinoamericano*, Bogotá: Equilátero, 2007; Claudia Zapata (ed.), *Intelectuales indígenas piensan América Latina*, Quito: Abya Yala, 2007.

3. Leonardo Boff, *Ecología: grito de la tierra, grito de los pobres*, Madrid: Trotta, 1996, 251 (ver toda su “Eco-epiritualidad: sentir, amar y pensar como tierra”, cap. 10, 235-252); y Airio Cáceres, *Pasos hacia una hermenéutica ecoteológica*, Ponencia en el Foro Mundial de Teología y Liberación, Belem, 2009.

4. Vease Carlos Mesters, *Biblia, el libro del pueblo de Dios*, La Paz: Paulinas, 1983, 39: “Dios habla no para que nos encerremos en el estudio y lectura de la Biblia sino para... descubrir la Palabra Viva de Dios dentro de la historia de nuestra comunidad y pueblo”; *Por tras das palabras*, Petrópolis: Vozes, 1977, 131, 227; y Francisco Reyes Archila, *Hagamos vida la palabra*, Bogotá: Kimpres, 1997 (con tres momentos: de la vida al texto, análisis del texto, del texto a la vida, pgs. 106-186).

5. Entre la amplísima bibliografía: Michael Barnes (ed.), *An Ecology of the Spirit*, Lanham: University Press, 1990; David Hallman (ed.), *Ecotheology: voices from the South and North*, Maryknoll: Orbis, 1994; Varios Autores, “Ecología y Pobreza”, *Concilium* 261 (1995/5); Varios Autores, “Toda la Creación Gime”, *Revista de Interpretación Bíblica Latinoamericana*, 21 (1995).

6. Juan Van Kessel, Porfirio Enriquez, *Señas y señaleros de la Madre Tierra*, Quito: Abya Yala, 2002, 266.

7. Vease Marcelo Barros, *O Espírito vem pelas Aguas*, Sao Leopoldo: CEBI, 2002; cartas pastorales de Raul Corriveau, *Creación, crisis ecológica y opción por la vida* (Choluteca, Honduras, 1992), de los Obispos de Bolivia, *El agua fuente de vida y don para todos*, (Cochabamba, 2003), de Luis Infanti, *Danos hoy el agua de cada día* (Aysen, Chile, 2008).

8. Vease Rubem Alves, *Creio na resurreicao do corpo*, Rio de Janeiro: CEDI, 1984; Mercedes Navarro (ed.), *Para comprender el cuerpo de la mujer: una perspectiva bíblica y ética*, Verbo Divino: Estella, 1996; J. Nelson, S. Longfellow (ed.), *La sexualidad y lo sagrado: fuentes para la reflexión teológica*, Bilbao: Desclee, 1996; Ivone Gebara, *Teología Ecofeminista*, Sao Paulo: Olho d’Agua, 1996; Varios autores/as, “Religión y Erotismo, Cuando la Palabra se hace carne”, *Revista de interpretación bíblica*

latinoamericana, 38 (2001); A. Musskopf, M. Stroher (orgs.), *Corporeidade, etnia e masculinidade*, Sao Leopoldo: Sinodal, 2005.

9. En procesos de teología india a nivel continental, lo mitológico ha sido el eje del IV Encuentro (Asuncion, 2002) y del V Encuentro (Manaos, 2006). Veanse las publicaciones: *En busca de la tierra sin mal. Mitos de origen y sueños de futuro de los pueblos indios*, Quito: Abya Yala, 2004 (IV Encuentro Latinoamericano del 2002), y *La fuerza de los pequeños, luz para el mundo*, Cochabamba: Verbo Divino, 2008 (V Encuentro del 2006).

10. Ver la comensalidad de vivos y difuntos en el rito de Tanta Guagua, y relectura de Mateo 13:31-33 en Manuel Pliego, *Sabiduría y espiritualidad indígena*, Resistencia: ENDEPA, 2003, 124-127.

11. Ver el paradigma de la búsqueda de la Tierra sin Mal, y su relectura bíblica, en Margot Bremer, *La Biblia y el mundo indígena*, Asunción: CONAPI, 1998, 66-70.

12. Pliego, *obra citada*, 127.

13. Bremer, *obra citada*, 67, 70.

14. Juan P. Martinez, “Los exitosos chilenos”, *Revista Que Pasa*, 26/1/2010, pgs. 20-21.

15. Vease Hugo Cabrera (ed.), *La nueva fisonomía del voluntariado*, Santiago: Secretaria General de Gobierno, 2009; Estudio FLACSO/MORI/CERC, *Conversación social y opinión pública acerca del voluntariado en Chile*, (2002); PNUD, *Mapa nacional de asociatividad*, 2001; Sebastián Zulueta, *La evolución del voluntariado en Chile (1990-2002)*, tesis PUC, 2003. La información oficial en Chile: 80.841 organizaciones de voluntariado, y en comparación con países vecinos, tiene el mayor porcentaje de personas/por habitante del país que hacen voluntariado (en Argentina es 15% de la población total, en Brazil 11%). Otros datos: el 2009, al entrevistar a personas de diversas ciudades chilenas, el índice de solidaridad global es de 3,3 (en la escala de 1 a 10); lo que es la media de quienes hacen donación de dinero (índice de 6,0), donación de objetos (índice de 2,1) y quienes dedican su tiempo y esfuerzo a obras solidarias (índice de 2,0); esto último va en la línea del voluntariado (ver Roberto Gonzalez y otros, *Radiografía de la solidaridad en Chile e índice de Solidaridad*, Santiago: MIDE UC, 2010, www.mideuc.cl).